

Cambio de estación
Alicia Mercado-Harvey

Me miré al espejo. La imagen que veía reflejada era diferente. Los tacones de las botas me molestaban. La elevación era mayor de la habitual. Me pareció que así se sentirían las bailarinas de ballet cuando se alzaban en puntillas. Pensé que era un arte saber caminar así. Practiqué un poco. El pie se me doblaba, pero cada vez se hacía más fácil. Tomé la mochila, una cajetilla de cigarrillos, fósforos. Me puse la boina concho de vino y el poncho morado.

No es posible, Gabriela. ¿Eres tonta o te haces, Gabriela? Parecía una mosca en mi oreja. Estaba cansada de la negatividad. Tenía que darle un nuevo rumbo a mi vida. El punto era cómo. Debía pensar en la salida lo más rápido posible. No soportaría ni un minuto más el exceso de control. Él tendría que entender que las cosas no podían continuar del modo en que estaban. Miré la manga del suéter; estaba un poco larga: me la doblé.

Cerré el portón con llave. Miré la casa y esperé no tener que verla en un tiempo. Me encaminé hacia la plaza; había sido mi refugio en los últimos días. A cada paso me pareció que la mochila pesaba más de lo habitual. En realidad tenía más cosas, pero no era tanto el peso físico sino el mental. Un líquido blanco cayó a mis pies. Miré hacia arriba y vi un nido de pájaros en el tendido eléctrico. Me pregunté cómo lo hacían los pájaros para no electrocutarse. Me detuve un momento y observé a las crías dejando el nido. Supuse que estaban aprendiendo a volar porque la madre o el padre revoloteaban cerca con fluidez mientras los pichones parecían tener dificultad.

Seguí la caminata hacia el parque. Los perros ladraban, las empleadas barrían las entradas de las casas y los repartidores de cuentas tocaban los timbres o tiraban los papeles por entre medio de las

rejas. La escena no variaba mucho respecto a otros días, pero a mí me pareció que todo se veía distinto. A la vuelta de la esquina vi la plaza. A esa hora había un grupo de niños jugando y unos en uniforme que parecían estar haciendo la cimarra.

Nunca vas a llegar a nada en la vida. Eres una irresponsable. Tonta, taratarata, tonta taratata, tonta. Las voces y la canción se entremezclaban en mi cabeza. Intenté pensar en otra cosa.

Me senté en uno de los bancos de la plaza. Me sentí un poco incómoda. No sé, me estaba acostumbrando a mi nueva situación. Saqué un cigarrillo del bolsillo; lo miré por un rato. Saqué los fósforos y lo encendí, primer intento: nada. Segundo intento: aspiré mientras lo prendía. Tuve éxito a la tercera, como el dicho. Me atoré con el humo. Los chicos que hacían la cimarra me miraron con una sonrisa burlona. Tonta, taratarata, tonta, taratarata, tonta. Se repetía en mi cabeza. ¡Qué daría yo porque nadie hubiese escrito esa maldita canción!

El día estaba intermedio, ni muy frío, ni caluroso. La temperatura era casi perfecta para estar a la intemperie. Me entretuve mirando a los niños en los columpios y a los chicos que fumaban pitos y tomaban pisco, a la vista y presencia de las nanas con los hijos de sus patrones. Total a ellas qué les importaba si los cabros chicos no eran suyos. Me acordé de mi nana; por un largo rato pensé que a ella le importaba, pero se terminó yendo igual. El desamparo había sido terrible. Mi madre estaba siempre demasiado preocupada con sus cosas; nunca tuvo espacio en su cabeza para mí. Con el tiempo me fui acostumbrando a la situación: no había mucho más que yo pudiera hacer.

Me dio hambre, saqué el sándwich y el jugo que traía en la mochila. Mientras almorzaba me di cuenta de que me había quedado sola. No me importó; no era muy distinto a la sensación anterior. Podía estar rodeada de muchas personas, pero me sentía igualmente sola.

Ahora tendría que pensar en las alternativas para pasar la noche. Saqué mi celular y bajé por la lista de contactos en la pantalla. Ningún nombre me hizo presionar el botón de llamado. No tenía cabeza para pensar ahora. Al poner el celular de vuelta en la mochila me encontré con un libro, lo saqué y me puse a leer sobre Holden Caulfield. Perdí la noción del tiempo. Las hojas anaranjadas se arremolinaban en el suelo y me di cuenta de que comenzaba a atardecer. Saqué el poncho tejido y me lo puse. Me quedaba un poco largo. No me importó. Tonta, taratatata, tonta, taratatata.

Recordé el momento en que lo vi llegar por la puerta de calle. Su mirada llena de cariño, pese a todo. Me acarició con la ternura de siempre. Pensé que él entendería, que tendría un poco más de compasión, después de todo lo que pasamos juntos. Al final no había sido así: él optó y no había sido por mí precisamente. Mis esperanzas habían sido en vano. Tonta, taratatata, tonta, taratatata.

Ahora sí comenzaba a oscurecer, no quería pasar la noche en la plaza. Tenía que pensar a dónde ir. Saqué el teléfono nuevamente. Encontré un nombre y marqué. Corté de inmediato cuando lo vi caminando hacia la plaza. Me quedé helada. No podía correr con los tacones ajenos.

-¡Menos mal que te encontré!

-No tuviste que buscar lejos.

-¿Qué haces vestida así?

-Nada en particular, quise robarme algunas cosas.

-Sé que estás enojada por su reacción, pero ¿qué esperabas?

-Un poco de humanidad.

-¿Crees que alguien hubiese actuado de modo muy diferente dadas las circunstancias?

-No sé. Pero nadie pensó en lo que yo estaba sintiendo.

-Mira, fue la impresión. No nos imaginábamos que esto podría suceder. Tienes que ponerte en mi lugar también.

-Bueno, como quieras, pero me las voy a arreglar sola.

-¿Cómo se te ocurre? Te vamos a ayudar.

-Eso no fue lo que ella dijo.

-Ya sé, se le pasó la mano.

-Vamos a la casa ahora. Conversemos allá.

-¡Yo no vuelvo a ninguna parte!

Me tomó del brazo, forcejamos por un momento. Quedamos cara a cara, a pocos centímetros el uno del otro. Él me abrazó, yo estaba tiesa como un palo, al final fui cediendo al abrazo. Me largué a llorar desconsoladamente.

-Hija, llora, llora todo lo que tengas que llorar. Imagino lo difícil que deber ser esto para ti. No te preocupes, yo te apoyo. Ya no importa lo que diga tu madre. Yo no te voy a dejar sola en estas circunstancias. Tú serás siempre mi regalona.

Me tomó de la mano y puso su brazo alrededor de mis hombros. Caminamos unos pasos juntos.

-¿Estás seguro de que no te vas a arrepentir después?

-Nunca me podría arrepentir de tenderle una mano a mi hija.

-¿Y qué vamos a hacer con la mamá?

-Dejaremos que grite y que se le quite el ataque de histeria.

-¿Cómo la aguantas?

-Con mucha paciencia.

-¿La quieres todavía?

-No creo que debemos discutir eso ahora.

-Yo quiero saber si me quieres más a mí o a ella.

-Son cariños distintos, pero tú sabes que vienes primero en la lista.

¿Acaso no te lo he demostrado?

-Supongo que sí.

-Nadie puede entender el cariño que nos tenemos. Eso es entre tú y yo.

Me abrazó más fuerte ¡No sé qué haría sin él! Nos fuimos tomados de la mano como en los viejos tiempos. La brisa me pegó de golpe en la cara y me di cuenta por fin que estábamos en pleno cambio de estación.